

Berlín

Norman Ohler

Colección ¡BUEN VIAJE!, 7

© L'arbre qui marche, 2025

Publicado originalmente en Francia por L'arbre qui marche
bajo el título de *Berlin*

© del texto original, Norman Ohler, 2025

© de la traducción del alemán, Ibon Zubiaur, 2026

© de esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre, 2026

Publicado por LÍNEA DEL HORIZONTE

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño gráfico y de cubierta: Sébastien Jenger – Primo&Primo

Diseño de interiores: Nord Compo

Ilustración de cubierta: *Vista desde la calle Oranienburger Strasse 30,
a la altura de la nueva sinagoga.*

Infografía: Lætitia Perotin – Primo&Primo

Diseño de mapas: Nicolas Jan

Retrato de la autora: Iris Hatzfeld

ISBN: 979-13-991425-0-1 | Thema: WTL, 1DFG-DE-BE

Depósito legal: M-21529-2026



Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia
prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Berlín

Norman Ohler

Traducción de Ibon Zubiaur



Preludio

Cuando cayó por fin el Muro de Berlín, yo tenía 19 años, y en una pequeña ciudad llamada Zweibrücken subí al coche de mis padres y conduje 800 kilómetros, cruzando toda Alemania, a fin de ver con mis propios ojos cómo por una vez en la historia de este país pasaba algo positivo. En 1961 se había erigido aquel monstruo para evitar que aún más berlineses del Este se pasaran al Oeste, huyeran del socialismo realmente existente, y se entregaran a las garras del capitalismo. Más de 28 años había estado dividida la ciudad, durante una generación entera —y nadie había podido imaginarse que aquello fuese a cambiar tan rápido. Y sin embargo ocurrió.

Los 800 kilómetros de suroeste a noreste fueron algo más que un mero viaje en coche. Las autopistas, el monótono gris del asfalto, las incansables áreas de descanso, todo parecía reflejar el estado de un país que de repente estaba en movimiento, aunque nadie conociera la meta. Cuando atisbé por fin los primeros indicios de Berlín, sentí aumentar mi nerviosismo y expectación. Berlín era el punto nodal de todo: pasado, presente y un futuro aún incierto —que

también era mi futuro—. Aquel viaje no solo me llevaba a una ciudad reabierta, sino que también me confrontaba con la identidad de un país que había estado enfrentado durante décadas, y en el que yo me hacía ahora adulto. Ambiente de optimismo, pero también incertidumbre. Ya en la autopista era palpable la tensión: los bólidos occidentales circulaban a velocidad excesiva, dando luces y bocinazos, mientras los Trabis y Wartburgs —los curiosos vehículos del Este— traqueteaban por el carril derecho. Era como si dos mundos distintos compartieran de pronto la misma vía, con torpeza, pero llenos de curiosidad y esperanza. ¡Qué ganas tenía de Berlín!

En algún momento de la noche del 10 de noviembre de 1989, yo estaba en la Potsdamer Platz y vi cómo llegaba desde el otro lado una excavadora e intentaba arrancar con su brazo un segmento del suelo, entre aplausos entusiastas desde el Oeste. Pero la cosa se atascó: la máquina no tenía suficiente fuerza, el Muro estaba tan bien trabado y anclado en el suelo que la excavadora no podía con él. Pronto hubo risas: los *ossis* no lo consiguen en la vida. Pero, como para demostrar lo contrario, un guardia fronterizo de la RDA trajo una escalera y se aplicó personalmente, armado de ranuradora, a separar a mano los segmentos. Saltaban chispas, y la multitud se puso de su parte, jaleando fuera de sí al soldado del antiguo enemigo. Cuando hubo terminado, llegó de nuevo la excavadora y esa vez lo logró, arrancó del suelo la pieza suelta y la elevó en el aire. Hubo un júbilo colectivo como yo no lo había vivido nunca, era

la *Oda a la Alegría*, Beethoven, pero real, y de repente pude mirar *a través*, al otro lado. Se abrió un espacio antes cerrado. Pero alrededor no solo sentía el júbilo, sino también una inseguridad. El Muro no solo había dividido Este y Oeste, era también un símbolo de lo que Alemania era —o justamente no era—, y ahora nadie sabía qué iba a ser. Una adolescente de mi edad al lado me preguntó qué veía allí, qué había allí, y le dije: «Pues Berlín Este». «So ya lo sé», replicó ella. «Pa eso vengo. Me refería a algo más». «Ah», dije yo y asentí, y es que de alguna manera la entendía.

Aquella noche arrancó mi vivo interés por esta ciudad: ¿lograría la gente unirse en aquel escenario para avanzar juntos hacia el futuro, como un pueblo nuevo, esperanzado y feliz? ¿Aguardaría un nuevo comienzo tras la promesa del momento histórico? Aquí quiero hablar de mi relación con Berlín, que desde el principio fue para mí anhelo de libertad, y no es una historia sencilla, porque Berlín nunca es sencilla, sino siempre compleja, polifacética, a veces complicada, y eso es precisamente lo que la hace merecer la pena y resultar hasta simpática. Lo importante en esta ciudad no es lo ostensible, ni los monumentos, sino los matices, sutilezas, vivencias, a menudo de carácter íntimo. A la hora de visitar Berlín lo importante es siempre la *actitud*, el grado de nitidez de los sentidos, la apertura a lo que se te presente. La unificación posible en vez de la separación. Berlín no

“¿Aguardaría un nuevo comienzo tras la promesa del momento histórico?”

es una belleza a primera vista como otras metrópolis europeas, París, Praga, Ámsterdam o Barcelona por ejemplo. El alma de esta ciudad se encuentra en las profundidades. Allí es donde debemos adentrarnos. Otros lugares más pequeños pueden recorrerse en un día. Para Berlín hace falta un fin de semana entero, que en esta ciudad dura de viernes a lunes. ¡En marcha pues!

Ya dormiremos luego en otra parte.



Viernes: perversión

Mi ordenador se había averiado justo cuando iba a empezar a escribir este libro, pero por suerte en la Oppelner Straße de Kreuzberg hay un magnífico servicio de reparación. No sé si una tienda de ordenadores encaja en una guía de viaje, pero, a fin de cuentas, ¿por qué no? Esta es bastante especial: hace un par años, todos los PowerBooks de una determinada serie se enfrentaron al mismo problema irresoluble: se apagaban sin más. Plaf, pantalla negra, perdido todo lo que llevabas trabajado. También a mí me afectó. Ni siquiera Steve Jobs era capaz de resolver aquel marrón, pero un manitas de la Oppelner Straße, un refugiado sirio llegado en 2015 a Berlín, preparó un sencillo programa que evitaba el inesperado apagón. Su tienda ofreció esa herramienta gratis en la red, y la descargaron una infinidad de veces. Eran gente competente, y quizá tuvieran alguna pista para visitantes de Berlín, así que le pregunté a Mustafa, el jefe, qué les aconseja a quienes llegan por primera vez a esta ciudad.

Sus ojos negros como canicas me miraron tristes. «Que se vuelvan por donde han venido», respondió

con su voz siempre algo ronca y desatornilló la carcasa de mi ordenador.

«¿Y eso?», volví a preguntar con una risa aguda, porque esa no era la respuesta que quería oír, aunque al mismo tiempo ya me imaginaba por dónde iban los tiros.

«Que se joda esa gente», añadió Mustafa con desparpajo. «¿Qué coño hay para ver aquí?».

Trasladé la pregunta a mi colega Moritz, con quien me vi cinco minutos después en el café Passenger mientras Mustafa se afanaba con mi portátil. Moritz fue un poco más afirmativo: «¿Conoces los locales Donau 115, KM 28 o el sowieso?».

Negué con la cabeza.

«Son tres de los clubes más solicitados para escuchar la mejor música del mundo en la actualidad»,

☞ **Allí hacen algo nuevo de verdad. Allí escuchas sonidos que nadie ha escuchado antes. Y están todos en Berlín** ☞

explicó Moritz. «Allí hacen algo nuevo de verdad. Allí escuchas sonidos que nadie ha escuchado antes. Y están todos en Berlín». Me miró con su cara de bebé envejecido y sorbió de su *espresso*. Moritz entiende

de música, era saxofonista del fabuloso grupo Seede cuando aún existía Seede. La música es un aspecto clave de Berlín, por eso vive aquí Moritz, como tantos otros, mi viejo mejor colega Gregor por ejemplo o el DJ superestrella Ricardo Villalobos.

Las décadas pasadas han mostrado hasta qué punto es decisiva aquí la música. Bajo el lema «tecno», en

la primera mitad de los años 90 Berlín reinventó la fiesta y la llevó al paroxismo con el Love Parade, en su momento el mayor desfile del mundo con su millón y medio de participantes que tomaban la ciudad cada año durante un loco fin de semana de julio. Los camiones de los DJ con sus inmensos altavoces partían de la Iglesia Memorial y hacían retumbar el *beat* Ku'damm abajo. DJ Westbam presidía la torre de bafles como un faraón, y los policías que debían velar por su feliz transcurso se sumaban al baile des-envueltos, en vez de apalear manifestantes contra la guerra de Gaza como dos décadas después. Eran los años eufóricos de Berlín, cuando la ciudad explotaba el vértigo de la caída del Muro y su fama cosmopolita, y aún existía algo así como una política izquierdista de justicia social. Por todas partes había espacios abiertos como el que experimenté en la Potsdamer Platz aquella noche de noviembre de 1989: Berlín entera era un espacio abierto. En el anti-

“ En el antiguo banco estatal de la RDA, se instaló el Club Tregor, la pista de baile se hallaba en la mismísima cámara acorazada ”

guo banco estatal de la RDA, se instaló el Club Tregor, la pista de baile se hallaba en la mismísima cámara acorazada, cuya pesada puerta redonda flanqueaban las siluetas de quienes bailaban entre niebla artificial.

El legendario Club Tregor se ha mudado entretanto al ala abandonada de una central térmica. La escena sigue existiendo, aunque lejos de su apogeo. Se han sumado nuevos locales de fiesta como el Berghain,

supuestamente el mejor club del mundo, provisto de los porteros más estrictos. La oleada actual de inmigrantes y turistas fiesteros de todo el mundo ha internacionalizado la escena tecno, pero también la ha comercializado. Donde antes chavales recién salidos del socialismo realmente existente y la periferia berlinesa de Marzahn o Hellersdorf se metían éxtasis para *ravear* todo el fin de semana aun sin tener un céntimo, hoy la escena es más profesional —y por desgracia más cara—. Berlín ha pasado a ser un ecosistema musical plural con una variada escena independiente, que produce géneros como *indie rock*, *electro pop* o electrónica experimental. La ciudad ha cambiado, aunque en el fondo sigue siendo la vieja Berlín con su mala reputación. Como si me leyera el pensamiento, Moritz dijo: «Y por la escena *kink* siempre vale la pena visitar Berlín».

*

Bihter, una futura médica de 27 años de Ankara a la que entonces aún no conocía, se afeitaba bajo la ducha. Su cuarto de baño no tenía ventana, pero el chorro era intenso y la temperatura estable y grata, y además había calefacción por suelo radiante. Era uno de esos pisos de nueva construcción en un complejo de apartamentos salido de la nada, al que solo se muda gente recién aterrizada en la ciudad, una primera base en algún punto detrás de la Hauptbahnhof, en un barrio aún sin nombre: ya no es Mitte, ni tampoco Wedding, ni Tiergarten ni Moabit, sino algo

intermedio en lo que fue un desierto. Mil euros pagaba Bihter por unos ridículos treinta metros cuadrados, un precio usurero. Los tiempos en los que los alquileres eran baratos son historia, como tanto en esta ciudad. Ni siquiera había allí una cama, tan solo un sofá cama frente a una pantalla plana. El conjunto lo mismo podría haber estado en Singapur, Estambul o Sao Paulo. Si Bihter miraba hacia la izquierda y a la estrecha puerta de la terraza, veía un patio interior de cuidado césped y las zonas asignadas a contenedores de basura, y al fondo más nuevas construcciones de apariencia idéntica en ángulo de noventa grados, cada vivienda provista del mismo balcón al que casi nunca salía nadie, con lo que Bihter podía observar varios cientos de balcones vacíos observándola a su vez. La urbanización parecía salida de una impresora 3D, en los timbres no figuraban nombres, solo los números de las viviendas. Apenas vivía allí algún alemán, sino en su mayor parte personas dotadas de algún capital de todos los países de la tierra que aspiraban a integrarse en la sociedad local y trabajar: profesionales extranjeros que la envejecida sociedad industrial de Alemania, el enfermo de Europa, necesitaba con urgencia.

Bihter sabía por qué eligió Berlín y no otra ciudad. Primero por su mercado de trabajo más atractivo que en Turquía, pero también por la gran y abierta escena *queer* que hay aquí, ¿y a dónde iba a ir si no como *Muslim Queer*? También el trabajo sexual BDSM, que tanto le encantaba, era practicable en Berlín. Bihter encajaba en esta ciudad, según sentía. Y sobre todo estaba aquí porque quería ser psiquiatra.

Tan solo odiaba con fervor la burocracia alemana. Para obtener su acreditación, aún debía aprobar un último examen de idioma lleno de términos médicos, el Colegio de Médicos Alemán se lo exigía además de su carrera de Medicina terminada con *cum laude* el año previo. Bihter tenía pánico a ese examen, fijado para el lunes siguiente; no le quedaba más que un fin de semana largo de preparación para esa «hora de la verdad», como ella la llamaba.

Tras el café con Moritz, me fui a la peluquería de al lado, que pese a su penoso nombre de God Save the Mullet es recomendable. Aunque últimamente el precio por un corte de pelo masculino ha subido a 45 euros, sigue siendo 20 euros más barato que en Mitte y yo necesitaba un peluquero, no solo porque esa tarde iba a la ópera. Me cortó Mirko, un italiano de 22 años que dijo venir de cerca de Venecia cuando era de un suburbio de Trieste, según me enteré a los pocos minutos, pero, como nadie sabe dónde queda Trieste, él decía Venecia. Mirko había hecho carrera como peluquero en Londres, pero la capital británica ya no le gustaba: demasiado comercial. Así que regresó a la región de Trieste para abrir allí con un colega su propia barbería. Por desgracia el colega cayó en la cocaína y todo se fue al garete, Mirko perdió un dineral y se acabó refugiando en Berlín, donde volvía a trabajar por horas. Pese a ese revés, sonaba entusiasta en cuanto a su trabajo y su vida, y no paraba de hablar de ello, como corresponde a un peluquero, así que le pregunté por su opinión de Berlín y me confirmó lo que ya sospechaba y es habitual entre los

recién llegados: le encantaba esta ciudad. Quería ser DJ y productor musical, Berlín es introvertida, eso le gusta, diversa, cada cual hace lo quiere, eso lo vuelve creativo. En Londres ya no era así: lo determinante son las exterioridades, el éxito monetario, el materialismo, mientras que Berlín sería más abstracta. Hasta en invierno le gustaba; era un fan de la arquitectura brutalista, el aeropuerto de Tempelhof por ejemplo, y esos edificios macizos dan aún mejor impresión cuando todo es gris y frío. Me dijo que ahora se iba a quedar un par de años aquí, y en cuanto hubiese triunfado en la industria musical se largaría a Ibiza o Portugal. Y es que Berlín tiene también

sus desventajas. Por ejemplo, aquí le costaba mantener una rutina, y a largo plazo la necesita para su estabilidad mental y física: levantarse a las 4:30, yoga, meditación, estar lo máximo posible en

**“ Berlín es
introvertida, eso
le gusta, diversa,
cada cual hace lo
quiere, eso lo vuelve
creativo ”**

la naturaleza, alimentación vegana sin azúcar ni carbohidratos. Cuando acabó de cortarme me presentó el resultado en un espejo de mano y dijo: «Ahora disfruto mi vida. Me gusta peinar, así que me lo tomo con calma. Todos buscamos paz. El único problema aquí, de verdad, son las muchas drogas».

*

Bihter llevaba unas semanas sin ver al «psicópata», como llamaba a su cliente de esa tarde, de nombre

civil Theo. Se habían conocido a través de la plataforma de citas Seeking y visto varias veces desde entonces: Theo, CEO de una empresa de inversiones farmacéuticas, era la persona más perversa que se había topado Bihter, un sádico redomado, y eso le fascinaba de él. Cero empatía, ganas absolutas de humillar a otros, siempre con una sonrisa en los bien formados labios. Exacerbaba el cliché del frío hombre blanco alemán que en esa forma quizá solo cabía encontrar en la capital, con ese afán de dominio. «Hi Baby-Girl, sorry I haven't been the most present Daddy. Back in Berlin for 2 days. Let's meet tonight!»,¹ le había escrito esa tarde, con lo que se le aceleró ya el pulso. Aunque ya no estaba tan obsesionada con él como antes, los recuerdos de sus sesiones juntos la removieron. Su juego de roles había empezado el verano anterior, y durante meses Bihter estuvo como perdida en él: un periodo intensivo de pasión por un hombre que la trataba extremadamente mal y bien a la vez, y encima pagaba por ello. Cerró brevemente los ojos, porque se volvió a adueñar de ella el deseo de él, si bien ligado a una voluntad de distancia, porque entretanto sospechaba que también en la vida real era un cabrón.

Una vez secada y vestida, tomó cuatro gotas del clonazepam que le había recetado el psiquiatra de Ankara, una dosis altísima. Trataba de calmar sus nervios, porque de pronto se sintió abrumada y de lo más estresada. Por un lado, la alegraba su *sex-date* y

1. Hola, bebida. Siento no haber estado muy presente como papi. De vuelta 2 días en Berlín. ¡Veámonos esta noche!

necesitaba el dinero, por otro lo maldecía, porque le impedía estudiar para su importante examen del lunes. Se colgó del brazo el bolso en el que había metido un pijama con cabezas de osos panda y salió afuera.

Aproximadamente al mismo tiempo, yo llegaba a la Deutsche Oper, donde esa tarde daban la primera de las cuatro partes de *El anillo del nibelungo* de Richard Wagner: «El oro del Rin». Aunque Wagner pasaba por racista, yo quería probar de una vez esta tetralogía sin necesidad de pagar los dinerales que suelen costar las entradas, ya que estaba invitado. Además sentía curiosidad por esa «alta cultura», de la que la ciudad está tan orgullosa como de su justamente célebre escena *underground*. Había obtenido las invitaciones de Ralf, al que conocí por un anuncio de la marca de cuadernos Leuchtturm 1917 en el que pretendía ser más creativo cuando escribo a mano, pese a que no es cierto y en realidad me paso todo el tiempo frente a la pantalla. Durante el rodaje, Ralf mencionó de paso que trabaja también para la Deutsche Oper y podía conseguirme entrada gratis si lo acompañaba, que a cambio solo me pedía que pagara los tentempiés de la pausa, y un par de días antes me lo había recordado en un mensaje de texto: «¿Nos vemos entonces a las 18:50 frente a la ópera? Podemos tomar un vinito antes y comer algo, ¿no? ¿Te hace ilusión?».

Como bajo el inesperado sol de esa tarde de viernes aún jugué una partida de tenis espontánea con mi hijo, me retrasé algo y llegué a la ópera a las 19:05, un cuarto de hora después de lo acordado, aunque

tranquilo porque la función no empezaba hasta las 19:30. Lo que de pronto me ocupó bastante más fue el *brownie* de maría que me había zampado media hora

☞ «En la vida
puedes llegar
tarde», dijo en lugar
de un saludo: «Pero
no en la ópera» ☞

antes en vez de una cena. Si durante el trayecto iba completamente despejado, ahora a duras penas alcancé el muy concurrido acceso. El psicotrópico sustento era un detalle de una amiga mía,

Evangeline, y a todas luces se había excedido. Tendré que hablar con ella seriamente sobre la dosis, pensé al enseñar el *ticket*, franquear de algún modo la entrada, y hasta encontrar arriba el bar, donde me esperaba Ralf. Miró arqueando las cejas su reloj de pulsera: «*En la vida* puedes llegar tarde», dijo en lugar de un saludo: «Pero no en la ópera». Miré espantado mi móvil. De acuerdo, había aparecido 18 minutos después de la hora acordada, pero eran solo las 19:08, así que aún faltaban 22 minutos hasta el comienzo de la representación. ¿Dónde estaba el problema?

Berlín es una ciudad de la ópera, me explicó Ralf como respuesta, lo que a todas luces conllevaba normas de comportamiento. Hay nada menos que *tres* óperas a orillas del Spree: además de la Deutsche Oper la Staatsoper Unter den Linden y la Komische Oper. Junto con Viena un récord mundial debido a la antigua partición, que generaba esas duplicaciones —igual que un niño cuyos padres se separan recibe mucho dos veces—. La Deutsche Oper pasa por ser la mejor del

lugar, sostuvo Ralf mientras yo sorbía un vino, tratando de estabilizar en vano mi circulación afectada por el *brownie*. «La Deutsche Oper es la ópera de los berlineses», continuó Ralf, «una ópera abierta». A fin de demostrarlo, señaló alrededor con el mentón: «Un edificio moderno con grandes ventanales, todo visible, transparente. Así son también los espectáculos. La Staatsoper Unter den Linden es elitista ya desde su arquitectura. Ahí se da más valor a la representación que a probar nuevas vías en el arte».

Yo no tenía motivo para dudar de su dictamen, y más porque seguía nebuloso. Sabiendo que no lograría acabar mi copa en mi estado ya fuertemente intoxicado, se la ofrecí a Ralf. «Sí, sí, ya me la tomo yo», replicó él: «Oye, voy a explotarte a tope con los tentempiés, espero que lo sepas. Hoy con “El oro del Rin” no hay pausa, pero mañana con “La valquiria” hay *dos*, y podemos pedir ya antes de que empiece los bocaditos y bebidas». Me lanzó una mirada significativa. «Todo lo que pidamos nos espera ya listo en las pausas en una mesita numerada, un servicio excelente, ¿no?».

Realmente práctico, convine, y le aseguré que mañana en ningún caso llegaría tarde y tendríamos tiempo de sobra para pedir. Luego le hablé del *brownie*, lo que seguramente fue un error, porque tuve la sensación de que esta información no le gustaba o le chocaba. ¿Es que el THC, entretanto legal en Alemania, le parecía culturalmente inferior al alcohol? ¿Abandonarse colocado al gran compositor era quizá un sacrilegio a sus ojos? Pero ¿es que cabía aguantar